

INTRODUCCIÓN

Al comenzar un manual que atienda en parte a las materias del judaísmo clásico que se imparten en el Grado de Ciencias de las Religiones¹, específicamente a los textos de la época comprendida entre el cambio de era y los comienzos del siglo VI, se plantea una serie de problemas o preguntas que es necesario resolver antes de entrar en el tema. A esta época se le suele denominar en los medios especializados «época rabínica», en una clara distinción respecto de la época bíblica. Es dato aceptado comúnmente que el último libro de la Biblia Hebrea es el libro de Daniel, compuesto a mediados del siglo II a.e.c. en torno a la revuelta de los Macabeos (167 a.e.c.), de modo que en ese entorno cronológico proponen algunos el final de la época bíblica. Otras corrientes en cambio opinan que se puede seguir considerando época «bíblica» todo el periodo siguiente, hasta la destrucción del Segundo Templo (70 e.c.) que había sido reconstruido en la época de Ciro el Grande (último cuarto del siglo VI a.e.c.) y restaurado por otro «grande», Herodes I en el siglo I (40-04 a.e.c.).

Hay que ser muy conscientes de que los cambios históricos no se producen de un día para otro ni de forma abrupta, y mucho menos en la literatura, sino que tienen a veces largas temporadas de solapamiento entre épocas, por más que a efectos metodológicos se recurra con frecuencia a fijar fechas absolutas. Y esto es todavía más cierto cuando se trata de producciones con una larga trayectoria de transmisión oral.

En ocasiones se denomina a los textos más o menos posteriores al libro de Daniel como «Literatura entre Biblia y Misná» (comienzos del siglo III e.c.). En ella se engloba un conjunto de obras que incluye apócrifos, pseudoepigráficos y deuterocanónicos (Vegas Montaner, 2014: 209-242).

De entre ellos los que tienen un carácter más sapiencial, Sabiduría y Eclesiástico (Ben Sira), con sus reflexiones y máximas morales van a impregnar el acervo cultural del momento y su influencia se dejará ver en

¹ Quiero expresar mi agradecimiento a la prof. D^a. Guadalupe Seijas tanto por la sugerencia inicial que me hizo de preparar este trabajo como por sus acertadas puntualizaciones antes de darle forma definitiva.

los trasfondos más profundos de la producción rabínica escrita, aunque no se los cite.

Este manual va a centrarse en dos obras, Misná y Talmud. Se van a tratar por separado por un planteamiento puramente metodológico apoyado en la cronología, pero hay que saber desde el principio que en los ambientes estudiosos judíos normalmente se estudian y comentan de forma unitaria, por el hecho de que la Misná, que es anterior, se integra y forma parte del Talmud, y ambos, junto con otras producciones, constituyen lo que algunos denominamos «canon rabínico», aunque el término no tenga aceptación generalizada (Girón, 2004).

CAPÍTULO 1

EL TRASFONDO HISTÓRICO-SOCIO-RELIGIOSO

1. ANTECEDENTES

Desde los tiempos antiguos ha quedado constancia de la pluralidad de planteamientos y concepciones que se han dado tanto en el seno del Israel pre-exílico como en el judaísmo naciente tras la vuelta de Babilonia. En esta última época, sobre todo tras la conquista de Alejandro (332 a.e.c.), la diversificación fue en aumento.

Al regreso del exilio (531 a.e.c.) las tendencias restauracionistas se habían apoyado desde el principio en el Templo y el sacerdocio. Pero también desde el principio hubo posturas, que podríamos denominar laicas, que se distanciaban de esa preponderancia sacerdotal y preconizaban una religión sin Templo, poniendo en valor la experiencia de los años que habían sobrevivido con el Templo derruido. Entre los seguidores de una y otra de estas tendencias podemos considerar a los protagonistas del libro (o libros) de Esdras y Nehemías. Este último aparece como el primer encargado laico de la restauración, con la reconstrucción de la muralla y el Templo, mientras que Esdras, el gran restaurador considerado posteriormente como el «nuevo Moisés», se habría inclinado más por la reorganización de la sociedad civil y religiosa y los planteamientos del grupo sacerdotal.

Frente a un continuado aperturismo o tendencia universalista, presente en los textos de los últimos profetas y reivindicado de manera clara en el libro de Rut y en la profecía de Jonás, que tiene resonancias de los profetas pre-exílicos y connotaciones de una religión más pura o menos contaminada por las necesidades del momento, se fueron imponiendo en buena medida visiones más nacionalistas tendentes a fortalecer la identidad étnico-política y también las formas de religiosidad del pueblo, que se concretaron en el énfasis puesto en la prohibición de los matrimonios mixtos, en la exclusividad del culto en Jerusalén y en la obligación de mantener económicamente el reconstruido Templo, aunque en esto último pudieran llegar a coincidir ambas tendencias.

Con el sometimiento a Alejandro y a los reinos helenistas y sobre todo tras el triunfo de los Selúcidas sobre los Tolomeos (200 a.e.c.), cambiaron las circunstancias socio-políticas hasta el punto de que aumentó considerablemente la presión sobre la religión que desde la época persa y bajo el dominio de Alejandro Magno se había podido practicar con libertad.

A pesar de la restauración llevada a cabo por Nehemías y Esdras, la libertad para el culto y para las prácticas religiosas estaba sometida al arbitrio de los gobernantes. Esta situación había sido aceptada por algunos dentro del paradigma religioso e incluida entre los desarrollos teológicos de la Alianza: tras el exilio el monarca extranjero aparecía como colaborador de la voluntad de Adonai. Él ejecutaba el castigo divino por los incumplimientos del pueblo (Nabucodonosor), él permitía el regreso y la restauración (Ciro y sus sucesores), y era en última instancia el garante de la Torá. Así se nos transmite en el libro de Jeremías y en el Deuterocanónico.

El expolio del Templo fue llevado a cabo en primer lugar por los sumos sacerdotes para mantenerse en el cargo, o por los aspirantes para conseguirlo. El cese de la cadena sadoquita en el sacerdocio y el saqueo final de los tesoros del Templo perpetrado por Antioco IV Epifanes (169 a.e.c.), seguido por la imposición de la helenización y la prohibición de la práctica externa y pública del judaísmo y por la profanación religiosa del Templo, en el que fue entronizada una imagen de Zeus, fueron los jalones que desembocaron en la revuelta de los Macabeos (167 a.e.c.).

2. REVUELTA MACABEA

Con la Revuelta macabea comenzó para el incipiente judaísmo una época turbulenta, no solo por lo que respecta a los más de tres años que duró la guerra contra el poder seleúcida, sino que, una vez conseguida la victoria y expulsadas las tropas y los gobernantes extranjeros, la inestabilidad política se prolongaría durante cien años hasta la irrupción de los romanos, comandados por Pompeyo (64-63 a.e.c.), y la imposición veinte años después de un rey de origen edomita, no judío, Herodes el Grande, muy poco querido por sus forzados súbditos.

Este periodo resultó ser de relativa independencia política para la entidad estatal, una época de transición. Los romanos, que desde el 188 a.e.c. tenían a los selúcidas como tributarios, apoyaron discretamente la revuelta judía, propiciaron el final de la dominación seleúcida y permitieron, tras la implantación de la dinastía Asmonea (140 a.e.c.), el desarrollo autónomo del reino durante ochenta años.

En la base o prehistoria de la Revolución macabea se sitúa a los asideos, nombre griego correspondiente al hebreo *hasidim* (léase *jasidim*), que significa «piadosos». Parece que es el nombre aplicado a aquellos que, tras la restauración de Nehemías y Esdras, quizá a partir del siglo V a.e.c., se distinguieron por el cumplimiento de las prescripciones de la Torá, especialmente los aspectos rituales, como expresión del combate no violento contra el paganismo circundante. No hay datos sobre el grado de organización que pudieron llegar a tener y es posible que se trate de una denominación genérica, no específica de ningún grupo estructurado ni unitario, pues el término hebreo aparece en textos bíblicos de relativa antigüedad, Dt 33,8, Mi 7,2, y en muchos salmos, incluido el cántico de Ana de 1 S 2,1-10, cuya fecha de composición resulta dudosa².

Estos asideos o «piadosos» habían desarrollado en su seno diversas tendencias. Las corrientes de pensamiento apocalíptico y escatológico, que se apoyaban en la esperanza de la derrota definitiva del reino del mal y el cumplimiento de las visiones del fin de los tiempos, impregnaron de alguna manera todo el ambiente de esta revuelta y de las que seguirían. De esta época, ya se ha dicho, proviene la mayor parte del libro de Daniel, el de más reciente composición entre los textos de la Biblia Hebrea, y tres siglos después (siglo II e.c.) algunas de las ideas y las representaciones básicas de la apocalíptica, sobre todo en los aspectos escatológicos, se encontrarán presentes con todo derecho en los planteamientos de los maestros rabínicos y entrarán a formar parte de la cosmovisión más marcadamente popular del judaísmo: el dualismo cósmico de «este mundo» y «el mundo por venir», las visiones del paraíso y el infierno, los días del Mesías, o la descripción de los «siete cielos» y la angelología.

En cualquier caso, se cita a los asideos como parte constituyente del núcleo del levantamiento macabeo. Esta revuelta nacionalista contra el poder invasor representado en ese momento por Antioco IV Epifanes (175-163 a.e.c.) se produjo en 167 a.e.c. y tuvo su origen inmediato en la prohibición de la práctica pública del judaísmo decretada por el rey tras el expolio y la profanación del Templo, que más arriba mencionábamos. Según la narración del capítulo 2 del libro primero de Macabeos³ la pretensión del rey fue más allá de la prohibición y exigía unirse al culto idolátrico.

² Más tarde, en el siglo XVIII, será el mismo nombre de un movimiento pietista surgido en Polonia.

³ Este libro no forma parte de la Biblia en hebreo, pero sí de la versión griega conocida como *Septuaginta*, los Setenta.

Según se cuenta hubo muchos entre los judíos que aceptaron la orden y la pusieron en práctica, de la misma manera que desde hacía tiempo habían aceptado la helenización de las costumbres. La reacción de los «piadosos» está personificada en Matatías, *cohen* (de casta sacerdotal) en Modiín, que no solo no se prestó al culto idolátrico, sino que, en presencia del enviado del rey, ejecutó de forma inmediata y pública a un judío que estaba dispuesto a apostatar y ofrecer sacrificio (1 M 2,15-28).

Esto dio lugar a una guerra de guerrillas contra el poder seleúcida que duró más de tres años, hasta reconquistar Jerusalén y proceder a una nueva consagración del Templo, que los judíos conmemoran hasta el día de hoy en la fiesta de Januká (del 24 de kislev al 2 de tevet del calendario judío, diciembre en el calendario occidental), y todavía otros tantos hasta la expulsión total del poder extranjero (160 a.e.c.). Macabeo –*makkabbi*, el martillo– fue el apodo de uno de los hijos de Matatías, Judas, que dirigió la revuelta hasta su muerte en combate y fue sucedido por sus hermanos, Jonatán (160-142 a.e.c.), primero, y Simón (142-135 a.e.c.) después, cuyo hijo, Juan Hircano I (135-104 a.e.c.), fue proclamado rey dando inicio a la dinastía Asmonea.

3. SADUCEOS, FARISEOS Y OTROS GRUPOS DURANTE LA DINASTÍA ASMONEA

La turbulencia de la época de lucha contra los Seleúcidas hasta el asentamiento de la dinastía Asmonea propició la aparición y desarrollo de grupos de opinión, a los que los diversos autores denominan partidos, sectas, facciones o tendencias que, aparte de posiciones políticas inevitables en una situación como aquella, resaltaron, cada uno en su caso, aspectos diversos de la cosmovisión judía, haciendo de ellos bandera identitaria. Cuatro serán los principales y más citados, aunque posiblemente cabrían subdivisiones: saduceos, fariseos, esenios y fanáticos o zelotes. Se habla en ocasiones de otro grupo, el de los apocalípticos, aunque más bien pudiera tratarse de una corriente de opinión menos orgánica, pero presente en mayor o menor grado en el interior de todas las otras facciones.

Sin embargo, los aspectos más tremendistas de la apocalíptica: la cercanía del fin del mundo, las señales, catástrofes y desgracias que han de preceder a ese momento; así como el tema de las revelaciones secretas sobre la esencia divina (*ma'aseh merkabah*), y sobre su relación con el mundo y la naturaleza (*ma'aseh bereshit*), quedarán relegadas a un segundo plano en las obras de tendencia farisea que constituyen el «canon rabínico» y que serán elementos fundantes y punto de referencia para el judaísmo poste-